MEMORIA

DEL EXCMO. SEÑOR

D. Juan Zorrilla de San Martín,

MINISTRO PLENIPOTENCIARIO DEL URUGUAY

Es un error, que la historia rectificará, el haberse establecido la toma de Constantinopla como el hecho inicial de la Edad moderna.

El suceso que debe determinar el paso de la época medioeval á la nueva época es, sin duda alguna, la toma de Granada y el Descubrimiento de América. Esos dos grandes acontecimientos cambian la faz de la humanidad, cierran un pasado y abren un porvenir, radican definitivamente la civilización cristiana en Europa y, haciéndola seguir su marcha providencial, abren el occidente descendiendo á su paso triunfal y soberano.

La marcha de la cruz en la sobrevesta de los cruzados al través de Europa, *pero de occidente á oriente* para reconquistar el Santo sepulcro; el mismo paso de la cruz de las Catacumbas á la Corona de Constantino, no son comparables, en cuanto á su influencia sobre los destinos humanos, con aquel paso de la cruz de las almenas de la torre bermeja de Granada á las playas del Nuevo mundo sin solución de continuidad, de oriente á occidente y al través de tinieblas impenetrables para el hombre.

Tocóle á España la gloria de marcar ese nuevo rumbo á la humanidad y de mostrarle nuevos destinos: *Digitus Dei est hic.*

Era el premio de la Providencia á su esfuerzo de ocho siglos; era que la Providencia ponía la cruz, que debía atravesar por primera vez el Atlántico, en las mismas manos que habían conservado las costas del Atlántico para la cruz; era que la sangre que debía poblar el mundo reservado á quien lo mereciera debía ser la misma que había llenado los fosos del antemural de la civilización cristiana en Europa, de ese legendario baluarte pirenáico en cuyas crestas esculturales los siglos medioevales vieron siempre de pie, con la mano en la cruz de la espada y el corazón en la cruz de la bandera, centinela perdido de la civilización cristiana, al heroico pueblo ibero; era que en la misma lengua en que se había pronunciado el nombre de Dios en Covadonga y Guadalete para que fuera oído con pavor por el infiel, debía ser pronun-

CLHI. Juan Zorrilla (MEMORIAS. Sección primera. Filología).

Centro Virtual Cervantes

ciado por primera vez en el mundo recién nacido, para ser escuchado con asombro y esperanza por la selva virgen, por el desierto, por el salvaje americano.

Esa hermosa lengua tomó entonces posesión de aquel mundo, y aún hoy está en posesión de él.

¿Debe arrebatársele esa posesión secular?

¿Hay alguna lengua que pueda ejercer con justo título el derecho de reivindicación?

¿O hay por el contrario razones evidentes, no sólo de conveniencia sino también de naturaleza, que aconsejan é imponen la conservación del idioma castellano en los pueblos de la gran familia hispano-americana?

La conveniencia de esa conservación, sus razones, los recursos de que es necesario echar mano para obtenerla y evitar una desmembración que sería un retroceso funesto hacia las épocas primitivas de las sociedades embrionarias, serán el tema de esta ligera Memoria cuyas deficiencias deberán atribuirse no sólo á la carencia de facultades por parte de su autor para llevar á cabo su propósito, sino también á la desproporción entre lo vasto del asunto y el tiempo de que es dado disponer para su desarrollo.

Si en América ha habido quien la niegue, no creo que sea discutible para los españoles la conveniencia de que su hermosa lengua sea conservada en todos los pueblos americanos. Testimonio permanente de la más grande y más fecunda de sus glorias nacionales; ensanche inmenso de la jurisdicción de su pensar y su sentir, de sus costumbres y tradiciones, es indudable que ningún español puede desear hacer de las fronteras territoriales de su patria una valla que detenga el vuelo de su pensamiento, cuando el mismo impulso y el mismo esfuerzo puede hacerle salvar esa valla y difundirse por la tercera parte del mundo civilizado, envuelto en la forma que conserva el calor del alma.

Si se considera además el colosal desarrollo que ha tomado y está llamada á tomar la población de las repúblicas americanas; si se tiene en cuenta que una sola de ellas, la República del Uruguay, por ejemplo, nació á la vida de la independencia hace sólo sesenta años con una población de *setenta mil* habitantes en todo el territorio, y hoy, sólo su capital, Montevideo, presenta en el censo levantado en 1889, doscientos quince mil, y que todos los demás Estados ofrecen un crecimiento proporcional; si se considera además que este extraordinario aumento es formado por la inmigración procedente de todos los pueblos de Europa de orígenes y lenguas diferentes, y que los hijos de esos millones de hombres franceses, ingleses, italianos que convergen y convergerán necesariamente á América, hablarán, como nosotros, la lengua castellana, oirán en castellano los cantos de la cuna, en castellano pronunciarán el nombre de Dios y el de la Patria, y en lengua castellana darán el último adiós á las generaciones que dejen en pós de sí, legándoles con el idioma el espíritu

CLHI. Juan Zorrilla (MEMORIAS. Sección primera. Filología).

Centro Virtual Cervantes

español que lo vivifica, no es concebible que pueda existir un hijo de la patria de Cervantes que no ansíe esa unidad de lengua que lleva su espíritu no sólo al través del espacio sino también al través del tiempo.

Cuando el americano, que de veras ama á España, recuerda la inmensa deuda de gratitud que tiene para con ella por haber ésta conquistado y civilizado el continente, siente la íntima satisfacción del alma buena que no puede olvidar los beneficios y anhela pagarlos, cuando considera bajo ese aspecto la unidad de la lengua española entre todos los pueblos de la gran familia hispano-americana.

Parece que con satisfacción filial, puede decir á la madre patria: Tú conquistaste á América para la civilización cristiana; América reconquista el mundo para tí, para tu lengua, para tu gloria.

Pero para que España pueda ejercitar el derecho de posesión que corresponde á su lengua sobre el mundo que supo arrancar al secreto de los mares y poblar con su sangre; para que la madre patria sea, como debe ser, el núcleo de la resistencia á las tendencias disgregadoras y el primer paladín en el esfuerzo en pró de la unidad de lengua en toda la familia hispano-americana, parece indudable que su esfuerzo debe dedicarse, en primer término, á conservar esa unidad dentro de sus propias fronteras, esa unidad que, casi identificada con la unidad nacional, fué también la conquista llevada á cabo, después de esfuerzos seculares, en los muros de Granada.

Nótese una circunstancia extraordinaria: en los mismos momentos en que España unida recoje con una mano las llaves del último baluarte extranjero y entrega con la otra tres barcos y un puñado de sus héroes al sublime visionario para que vaya por el mundo que será el mejor trofeo de su victoria, el maestro Antonio de Lebrija da á la prensa la primera *Gramática Castellana* con el propósito *de engrandecer las cosas* de su nación, y de dar á su patria, según él mismo lo expresaba, en los momentos en que las naves de Colón cruzaban el mar tenebroso, una lengua definitiva para imponer con ella sus leyes de vencedor á los pueblos bárbaros *ó naciones de peregrinas lenguas* que conquisten y que tendrán que recibir aquellas leyes.

Esa extraordinaria clarividencia del insigne maestro que veía en la unidad de la lengua española el único medio de asegurar para su patria el derecho de imponer sus leyes, ha sido confirmado por el tiempo en el mundo de Colón: sin la unidad nacional, España no hubiera descubierto á América; sin lengua española, la gran familia hispano-americana acaso no sería española.

Hoy, ya no existen, como en los tiempos de Lebrija, vencedores y vencidos por derecho de conquista; hoy España no intenta imponer leyes de vencedor, aunque vencedora ha sido en el tiempo y en el espacio; pero reclama con razón el derecho y cumple con solicitud el deber de madre al estimular á sus hijos de aquende y allende el Atlántico á no dilapidar la precia-

CLHI. Juan Zorrilla (MEMORIAS. Sección primera. Filología).

Centro Virtual Cervantes

da y costosa herencia de la lengua común, que hace comunes las glorias, común el caudal literario de los siglos de esplendor, común, y por consiguiente mucho más poderoso, el esfuerzo en la conquista de un gran porvenir, y da á nuestro verbo alas para atravesar el espacio y el tiempo, luz suficiente á nuestras ideas encarnadas para brillar como las constelaciones cenitales sobre los dos hemisferios.

América, noblemente representada en este hermoso Congreso Literario, se ha adherido sin vacilar al propósito que á éste vivifica, acudiendo al llamamiento de la que apellida su madre patria y viene á defender su herencia. Sensible es que tenga tan pobre intérprete al desarrollar tan noble propósito; pero para que en la proposición al menos tenga garantía de fidelidad esta Memoria, invocaré la opinión del más ilustre de los filólogos americanos de autoridad irrecusable. El esclarecido D. Andrés Bello juzga de tal importancia la unión del lenguaje hispano-americano, que no vacila en afirmar que ese era uno de los principales fines que perseguía al escribir su *Gramática Castellana*, obra monumental que es honra y prez de las letras americanas: Juzgo importante, dice el sabio venezolano, la conservación de la lengua de nuestros padres en su posible pureza, como un medio providencial de comunicación y un vínculo de fraternidad entre las naciones de origen español derramadas sobre los dos Continentes. Pero, agrega, no es un purismo supersticioso, el que me atrevo á recomendar.

La proposición, pues, de D. Andrés Bello coincide en un todo con la primera de la sección de Filología del Congreso Literario que me cabe la honra de desarrollar.

América desea, de acuerdo con España, la conservación de la lengua común; desea vigorizar los elementos que á ello contribuyen, y combatir, también de acuerdo, los elementos que tienden á menoscabar tan preciosa unidad; pero no es un deseo inconsciente el que la anima; las más poderosas razones le sirven de apoyo y demuestran que la unidad, en este caso, no pugna en manera alguna con el desarrollo progresivo, pero natural y científico del organismo vivo del idioma; que conservar la unidad no es arrebatar á ese organismo la fuerza asimiladora que caracteriza la vida, sino por el contrario, darle mayor vigor y energías para absorber sin peligro de ser absorbido, para armonizar el crecimiento con la existencia, el movimiento con el orden, la autoridad y el uso con la lógica y la ciencia.

Expondré, siquiera sea á la ligera, tales razones.

Si los pueblos que hoy hablan el idioma castellano en ambos hemisferios son, como no es posible dudarlo, sociabilidades civilizadas con carácter propio, con personalidad digna de ser tenida en cuenta en el concierto de las naciones cultas, es evidente que deben considerar su lengua tan inconmovible y permanente como su propia personalidad.

Dudar de la primera, es vacilar sobre la segunda, y un pueblo que admi-

CLHI. Juan Zorrilla (MEMORIAS. Sección primera. Filología).

Centro Virtual Cervantes

te dudas sobre su propia existencia como tal, no puede considerarse como pueblo; será un germen, un embrión, la materia prima de que se formará un ser colectivo, pero nunca una sociabilidad definitiva.

Tan íntima y sustancial es la unión entre el pensamiento y el lenguaje.

La unidad de las lenguas con vasta jurisdicción territorial ha coincidido siempre en la historia de la humanidad con las épocas de progreso y esplendor; la desmembración ha coincidido, por el contrario, por las épocas de decadencia; ha sido en el orden moral y social, lo que el feudalismo en el orden político, lo que la corrupción y la muerte por disgregación en el orden orgánico.

Este fenómeno es acaso el primero que asalta al pensamiento, planteándole un curioso problema, al estudiarse el estado en que se encontraban los pueblos salvajes de América al ser ésta descubierta por la civilización cristiana: una infinita variedad de lenguas, revelación de su estado de aislamiento y de ignorancia, poblaba el continente, y era indudablemente una de las causas principales que impedían y hubieran impedido siempre su civilización, si una lengua común no hubiera llevado allí la comunicación moral é intelectual de los hombres.

¿Cuál era la causa de esa variedad de lenguas y dialectos?

No hay duda que la diversidad de orígenes del hombre americano ocasionó en un principio, como acaeció en la Europa primitiva, la existencia en el continente de diversas lenguas; pero la desmembración de éstas y la formación de infinitos dialectos fueron también indudablemente hijas de la decadencia, de la ignorancia y de la barbarie.

Max Müller cita á este respecto una observación de Mr. H. Bates, que vivió muchos años entre las tribus del Amazonas, y que es muy digna de ser tenida en cuenta.

«La lengua, dice Bates, no es un guía seguro para establecer la filiación de las tribus brasileñas, puesto que siete ú ocho lenguas se hablan en las orillas de un mismo río en un espacio de 200 ó 300 millas. Hay en las costumbres indias ciertas particularidades que acarrean la alteración de la lengua y la separación de los dialectos. Desde el momento en que los indios, hombres ó mujeres, se ponen á conversar entre sí, parece que tienen un placer especial en desfigurar las palabras y en inventar pronunciaciones nuevas. Es ciertamente divertido el ver cómo toda la reunión estalla en risa cuando el gracioso del corrillo encuentra algún nuevo término de jerga ó gerigonza; y estas palabras nuevas permanecen muy á menudo.»

«Desde que estas corrupciones de lenguaje se producen en una familia ó en una pequeña horda que permanece á menudo durante largos años sin comunicación con las demás de las tribus, aquellas palabras quedan consagradas por el uso definitivamente. Así es como las hordas separadas, aunque pertenezcan á la misma tribu y habiten las orillas de un mismo río, acaban,

CLHI. Juan Zorrilla (MEMORIAS. Sección primera. Filología).

Centro Virtual Cervantes

después de un número de años de aislamiento, por no ser entendidas por sus hermanos. Me parece, pues, muy probable que en esta disposición á inventar nuevas palabras y nuevas pronunciaciones, y en el aislamiento en que viven las hordas y las tribus, es donde podemos encontrar las causas de la asombrosa diversidad de los dialectos de la América Meridional.»

Como desaparecen las estrellas, cuya luz escasa parece diluirse en las primeras tintas de la aurora, así desaparecieron los idiomas primitivos de América ante el espléndido día de la lengua castellana que, unida á la portuguesa su hermana y su compañera en gloria y que le es perfectamente inteligible y adaptable á su organismo, derrama la luz de la idea civilizada sobre una extensión de 22.000.000 de kilómetros cuadrados, que si hoy contienen cerca de 100.000.000 de hombres diseminados por ambos hemisferios, pueden contener y contendrán mañana 200, 500 millones que, en la comunión del verbo, del territorio y de la raza, parecen proyectar sobre los horizontes de la humanidad, como una fantasmagoría, la casi realización del ensueño de la lengua y la fraternidad universales, dentro de las cuales caben y se complementan y se vigorizan las gloriosas autonomías de los distintos pueblos de la raza.

Pretender retrogradar de esta luz meridiana, si no á la noche de la barbarie, al vago crepúsculo en que se hallaban los dialectos de los pueblos modernos cuando las influencias griega y latina pugnaban por darles lengua fecundizando el germen de los actuales pueblos civilizados, sería renunciar sin razón alguna al legado providencial de los siglos.

¿Puede ahora deducirse de esta doctrina, como alguien acaso pudiera suponerlo, que conservar el idioma importa necesariamente condenarlo á muerte dejándolo, como la religión de los egipcios, á merced del albedrío de una casta privilegiada y haciéndolo inaccesible á la influencia popular?

Todo lo contrario.

Las lenguas cultas, no sólo consideradas en su desarrollo, sino aun examinadas en su propia esencia, son hijas legítimas, no de otra lengua madre, sino de los dialectos populares: por ellos nacen y por ellos se desarrollan.

El latín clásico, que descompuesto por los distintos pueblos dió origen á los idiomas romanos, era en su origen uno de los dialectos de los habitantes de Italia; era en Italia el dialecto del Lacio, en el Lacio el dialecto de Roma, en Roma el dialecto de los patricios.

El pueblo, pues, daba y dará siempre la materia prima, si se me permite la expresión, en el nacimiento y desarrollo de las lenguas literarias; pero para que éstas pasen á ser tales, dejando de ser dialectos informes y sin persistencia, es necesario que sea fijadas, organizadas y usadas, ya no por el pueblo solamente, sino por los Livios y los Andrónicos, por los Catones y los Lucrecios, por los Scipiones y los Hortensios y los Cicerones.

Por eso el latín prevaleció y levantó su colosal predominio sobre las

CLHI. Juan Zorrilla (MEMORIAS. Sección primera. Filología).

Centro Virtual Cervantes

ruinas de otros dialectos que desaparecieron ó se fundieron en la lengua soberana, absorbidos y sojuzgados por ella.

Otro tanto pudiera decirse de los idiomas romanos modernos y entre ellos de nuestro castellano que, como el latín en Italia, se formó en la península Ibérica haciendo predominar uno de los dialectos populares, fundiendo en éste todos los elementos asimilables de origen distinto, é inoculando, por fin, en ese limo depositado por el curso del tiempo en su territorio, el aliento vital de su espíritu.

Ahora bien: si el lenguaje del pueblo es el germen de la lengua; si él tiene una fundamental influencia en su nacimiento, ¿cómo no ha de tenerla en su desarrollo? ¿Cómo, al pasar, pues á América la lengua castellana no ha de sentir la influencia de las nuevas sociabilidades cultas allí formadas?

Allí dejaron las lenguas y dialectos de nuestros aborígenes sus profundos vestigios; allí los vocablos vulgares de la Fauna y la Flora indígenas se imponen no sólo al lenguaje popular, sino al mismo vocabulario de la ciencia; allí las faenas del campo, distintas en un todo á las europeas, han exigido nuevos utensilios, nuevos instrumentos de trabajo, nuevas operaciones que necesariamente han creado nuevos vocablos; el pastor, el agricultor, hasta el hombre casi nómade, el gaucho de nuestras *pampas* ó de nuestras colinas, lo mismo que el heroico soldado de nuestras luchas y contiendas, que, especie de centauro con su flotante *poncho* al viento y su lazo y boleadoras sobre las ancas de su inseparable amigo, recorría las llanuras inconmensurables, llevando por lanza un trozo de tijera de esquilar enhastado en una *tacuara* ó caña americana; todas esas faenas, todos esos tipos llenos de carácter y de poesía, han tenido que dar nacimiento á nuevos vocablos ireemplazables y que enriquecen el idioma porque aportan á él, no nuevos términos exóticos de esos que como la mala yerba en la vegetación, sólo sirven para matar los vocablos útiles y hermosos que sustituyen, sino nuevas ideas, hombres y costumbres y horizontes nuevos.

Todo eso puede y debe incorporarse al caudal de la lengua común, sin el más mínimo menoscabo de su unidad, antes dándole, dentro de ésta, una pintoresca variedad, como pueden y deben incorporarse á ella y en el hecho se incorporan, tanto en América como en España, los términos y locuciones de otras lenguas cultas que interpretan nuevas ideas, nuevas necesidades, objetos nuevos.

Y es necesario tener muy en cuenta á este respecto, que la influencia de otras lenguas modernas sobre la castellana, así en lo que puede serle favorable como en lo que puede perjudicarle corrompiendo su esencia, no se ejerce sólo en América, tanto ó más que en los pueblos hispano-americanos, se siente y se deplora en la península la influencia que perjudica; tanto ó más que en América, sienten en España la necesidad de trabajar sin descanso para conciliar el desarrollo con la vida, los hombres que meditan y seriamen-

CLHI. Juan Zorrilla (MEMORIAS. Sección primera. Filología).

Centro Virtual Cervantes

te se preocupan del porvenir de la patria y de la raza; pero también tanto como América sigue España el movimiento progresivo de la verdadera cultura moral y material y anhela la conquista de un porvenir de gloria para la lengua común, cuyas épocas de esplendor demuestran hasta la evidencia, que tiene energías y elementos sobrados para disputar á cualquier otra lengua la soberanía en todas las esferas de la actividad humana.

Sentado que el desarrollo progresivo es la *vida* de las lenguas, mal puede, pues, suponerse que de esa asimilación constante que constituye precisamente la vida, ha de resultar la muerte de un idioma, es decir, la pérdida de su unidad, de su carácter, ó más propiamente dicho y para expresarlo en el término más comprensivo, de su gramática, de su sintaxis.

Entre los filólogos modernos, ninguno acaso como Max Müller, ha sentado y desarrollado estos principios: él ha deducido de ellos dos fundamentales que califica de verdaderos axiomas: 1.° *La gramática es el elemento más esencial, y por consiguiente, la base de la clasificación de las lenguas.* 2.° *Una lengua mixta no es posible.*

De estos dos axiomas filológicos, cuyo desarrollo no puede caber dentro de los estrechos límites de esta Memoria, se deduce que la incorporación al lenguaje común hispano-americano de nuevos vocablos y nuevas locuciones, no debe ser tan inconsciente é iliterata que pugne con la ciencia y con la elemental estructura de la lengua adulterando la gramática.

Si eso se aceptara, á poco de andar el tiempo, tendrían distintas lenguas iliteratas é informes, no ya cada uno de los estados de la gran familia hispano-americana, sino cada una de sus regiones dentro de la república, cada ciudad dentro de la región, cada barrio dentro de la ciudad.

No podemos aspirar á ello los que en posesión de una lengua como la castellana poseemos un tesoro inapreciable; no es posible sostener que el uso que se hace de esa lengua en el corrillo, en la conversación familiar y aun en la prensa periódica que tiene que sentir el vértigo de la labor diaria, que no le permite esmero ni corrección alguna, ha de sobreponerse é imperar sobre el uso consecuente y científico, meditado y noble de los Cervantes, Granada, Quevedo, Solís, Jovellanos, Lista, Bello, Heredia, Valera, Menéndez Pelayo, Pereda, Caro, Cuervo, Pardo y Aliaga, Tamayo y Baus, Becquer, Fernández Guerra, Núñez de Arce y tantos otros, que tanto en España como en América, significan, no sólo el cultivo y la gloria de la lengua española, sino su marcha y sus modificaciones progresivas, sus palpitaciones, al través del tiempo, su energía asimiladora, la conciliación, en una palabra, del movimiento con el orden, del uso con la lógica, del progreso y del desarrollo con la vida.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN

CLHI. Juan Zorrilla (MEMORIAS. Sección primera. Filología).

Centro Virtual Cervantes